

Los siglos medievales desde la península ibérica

Homenaje a Paulina López Pita



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales

Los siglos medievales desde la península ibérica. Homenaje a Paulina López Pita



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales

Murcia, 2026

1ª Edición, 2026

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

Foto cubierta: Bóveda gótica flamígera de la portada principal de la catedral de Santa Cecilia de Albi (h. 1400).

© Sociedad Española de Estudios Medievales, 2026

ISBN: 978-84-09-92244-4

Depósito Legal: MU 1642-2026

Impreso en España - Printed in Spain

Composición e impresión: COMPOBELL, S.L.

Índice

<i>Prólogo</i>	9
Ana Echevarría Arsuaga	
<i>Paulina López Pita. Elogio</i>	11
Manuel Fernando Ladero Quesada	
<i>Entre lo individual y lo colectivo: esclavos musulmanes de las órdenes militares</i>	15
Clara Almagro Vidal	
<i>El Francisco de Rojas calígrafo y su escritura</i>	29
Adrián Ares Legaspi	
<i>Nobleza y señoríos. Los hospitalarios en Andalucía durante el siglo XIII: una revisión</i>	43
Carlos Barquero Goñi	
<i>Los judíos y mudéjares de Haro (La Rioja) en el siglo XV y la jurisdicción señorial</i>	63
Enrique Cantera Montenegro	
<i>El testamento de un gran cardenal: Don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo</i>	93
Julián Donado Vara	
<i>Mongoles en Toledo</i>	117
Antonio García Espada	

<i>De nuevo sobre el pontifical de la catedral de Toledo y el ritual de coronación de Sancho IV y María de Molina</i>	149
Ana Echevarría Arsuaga	
<i>Los judíos y el poder señorial: los casos de Peñafiel y Cuéllar (segunda mitad del siglo XV)</i>	171
Marina Girona Berenguer	
<i>La desafortada vida de Juan de Túnez, esclavo moro y buscador de tesoros encantados en Toledo (1541-1554)</i>	189
Miguel F. Gómez Vozmediano	
<i>La presencia femenina en las cofradías medievales de Toledo</i>	207
María José Lop Otín	
<i>Abstracciones sobre cultura escrita y construcción del relato</i>	227
José Miguel López Villalba	
<i>El armamento integrado y algunas notas sobre táctica. Las flotas hispanas en los siglos XIII-XIV</i>	249
José Manuel Rodríguez García	
<i>La estratigrafía como marco de referencia en la evolución urbana de Toledo: la basílica-mezquita de tornerías</i>	273
Arturo Ruiz Taboada	

Abstracciones sobre cultura escrita y construcción del relato

José Miguel López Villalba

El mío es un trabajo que dice algo sobre algo de otro¹.

Dedicado a la profesora Paulina López Pita. Querida Lina Mari: Mis palabras nacen desde la inmensa nostalgia de aquellas conversaciones que tanto me ayudaron en mis primeros años de docencia universitaria. Muchas gracias.

1. La tragedia de la oralidad

Los códigos de comunicación humanos se asemejan a raíles por donde circulan convoyes compuestos de heterogéneos símbolos, muchas veces inescrutables. Sistemas de interacción que se superponen, en ocasiones, sin objetivo definido a través de las infinitas estancias que genera el intercambio del conocimiento. Dichos signos resultan heterogéneos, complejos y multidireccionales dentro de sus designios transmisores que pueden resultar equívocos para los receptores.

Tantos y tan pocos. Porque no todos logran, a pesar de su uso continuado, transferir nuestras ideas fuera del ámbito intelectual donde nos movemos a las conurbaciones colindantes. Organizar, concertar y decidir qué pensamiento deseo comunicar por medio de las palabras es un anhelo que necesita ser completado ilimitadamente. En dicho contexto el sentido de la transferencia a nuestros posibles interlocutores, sean oyentes o lectores, no puede existir sin un cimiento que apunte todo el sistema del contenido. En ocasiones, a un continuo pulular de sombras que impiden acceder

1 Steinberg, Saul y Buzzi, Aldo: *Reflejos y Sombras*, Valencia, Editorial Media Vaca, 2012.

por un camino claramente establecido de cara a su entendimiento². Aquello que se ha de crear ha de pasar necesariamente por la forja del pensamiento. Cuando pienso, construyo la materia que, aunque todavía imprecisa, se ha de transformar por medio de mi voluntad en la esencia de mi espíritu y obligadamente, se ha de manifestar a través del lenguaje que se transformará en su vehículo.

En esta visión llega más lejos Cardona³ que atribuye este proceso intelectual, siguiendo a Hjelmslev⁴, a una creación apoyada en cierta intención semiótica a través de la cual se consiguen enlazar la expresión y el contenido. En definitiva, considera el lenguaje como un patrón de conexiones mutuas.

Las relaciones humanas se han basado desde la antigüedad más lejana en lograr la comunicación a través de un minúsculo grupo de señales. Por ello, las ideas, creencias o preceptos, por elementales que estos fuesen, consiguieron crear un remedo de sociedad comunicada. El paso del tiempo no ha modificado sustancialmente la expresión de estos mensajes, exceptuando el aumento de los símbolos, que siguen manifestándose de múltiples facetas. En la actualidad, parte de nuestro comportamiento cotidiano es conducido a través de colores, sonidos, luces o dibujos, entre una miríada de regímenes coordinadores que, sin embargo, se manifiestan como comunicadores inconclusos, es decir, no definidos plenamente, porque muchos de estos símbolos han de ser previamente descifrados por intérpretes que conseguirán que la mayor parte de sus destinatarios puedan entenderlos.

A modo de ejemplo, se ha de señalar la aceptación, por los pueblos ajenos a Israel, de la idea religiosa universal que es comunicada a Abraham. Es la manera de entender que tiene el catecumenado devoto que emprende un camino y de igual modo, una forma de expresar que empareja su destino junto al pueblo elegido como la luz de las naciones⁵. Así, la necesidad de expandir su idea monoteísta entre los pueblos de religiosidad primitiva, se consagró por medio de transmisores orales que los encaminaron a la creencia de un Dios único, credo que se extenderá y prolongará a lo largo de los primeros siglos de nuestra era. En la Edad Media se pergeñaron una serie de códigos parciales que habían de ser ineludiblemente reinterpretados por glosadores que hicieron entendibles los mensajes catequéticos a una muchedumbre de receptores, que de otro modo no hubiesen adquirido esos conocimientos.

De modo inverso, encontramos otras manifestaciones que no admiten el ejercicio de la voluntad personal en la interpretación de las mismas, porque están

2 Steiner, George: *Extraterritorial*. Madrid, Editorial Siruela, 2002.

3 Cardona, Giorgio: *Antropología de la escritura*. Barcelona, Gedisa, 1994.

4 Hjelmslev, Louis: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid, Editorial Gredos, 1984.

5 VV.AA.: *Biblia. Génesis y Éxodo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2004.

adaptadas a un único sistema de examen. Divaguemos sobre la discordancia que se generaría en una práctica, entre la rigidez del código morse y un sentido libérrimo de deducción de sus señales. Algo inimaginable, porque dicho sistema de cifrado está diseñado para adaptarse a signos asimilables a una única solución, como lo están los sistemas de señales de navegación aérea, marítima o de circulación terrestre, entre otras.

Así pues, podría parecernos que únicamente el lenguaje oral se ha manifestado a lo largo del tiempo como el transmisor perfecto de la palabra. Mas, del mismo modo que los regímenes de indicadores no alcanzan el objetivo de comunicadores absolutos, el sistema oral ha estado desde siempre aquejado por un defecto insoslayable que lo socava hasta hacerlo desaparecer en el aire, tanto, que la gravedad aportada por un momento de silencio acaba con la levedad que manifiesta nuestro sentir por medio del habla.

Estamos ante un momento mágico, pero la futilidad del tiempo lo consume y siempre queda la duda de si el interlocutor habrá percibido toda la fuerza de lo disertado en la locución que proclama una idea. Apenas un instante después del silencio llega el fin del prodigio que unía, por medio de las ondas sonoras de la voz, el lado íntimo de las personas que conversaban. El carácter efímero de la oralidad que nos hace sentir plenos en un instante resultará tan breve como la atención prestada por nuestro oyente, que acompañará la oportuna decepción al no haber podido fijar las ideas.

La ciencia moderna ha conseguido retener la voz por medio de los sistemas de audio, pero ese afianzamiento de la palabra encadenada a un proceso acústico, que permite al lenguaje permanecer en el tiempo, es asimismo otro de los actores del drama. Cuando escuchamos la voz encerrada en esa expresión mecánica, presentada como conductora del habla, no se genera la atención suficiente que precisa el carácter etéreo de la palabra efímera. En realidad, se puede volver a escuchar mil veces y otras tantas no sentir la obsequiosa contribución que aporta su interior. Igualmente, si la voz no encuentra oídos, se pierde inexorablemente, ya que si no hay escuchadores no hay posibilidad de fijación mental. Pero con todo, y aun en el supuesto de una expresión oral manifestada entre dos o más interlocutores, siempre quedará la posibilidad de que la urgencia y el albedrío, mezclados con la interpretación relativa, sean más poderosos que la verdad. Así pues, hoy, del mismo modo que durante el inagotable recorrido de la existencia humana sobre la Tierra, la manifestación oral se reduce al capricho del escuchante.

La subjetividad que manifiesta la emisión única, ajena a cualquier sistema de consolidación del sonido, agrava el problema, puesto que en el lenguaje no hay posibilidad de reproducción idéntica. De tal suerte que, aunque se logre modular

la voz, la entonación, la agitación del espíritu, no se hará en un tiempo invariable, ni posiblemente en una posición espacial inmutable. Es imposible recuperar los parámetros idénticos de la primera vez porque no hay una primera vez, sino una irrepetible vez. Es por ello que la gran tragedia que aqueja al lenguaje oral es la unicidad.

El lenguaje oral es el mejor medio que se puede emplear para lograr la alianza de la emoción propia con el cosmos ajeno. Efectivamente, el ser humano se acerca al exterior por medio del lenguaje. La palabra rompe la barrera y logra hacer menos hostil lo proscrito y más penetrables aquellos círculos que rodean lo incomprendido. Si deseamos encontrar significado al pensamiento quimérico solo lo hallaremos en la materialidad del lenguaje, porque es en la palabra donde la constelación de pensamientos que nos acucian cada día se hacen existencia.

Dicen que en el senado romano se escuchó decir a Tito Livio: “*verba volant*”, la palabra en el viento⁶. Podemos preguntarnos si en realidad fue cierto, pero no hay duda alguna sobre la imposibilidad de encontrar una cuna mejor para transportar lo que no permanece. Quizá sea la brisa de nuestra voz la que se enfrenta al alejamiento, o tal vez, la que se satisface en el mismo. Todo ello, en un intento de aliviar ese trayecto que representa otra de las dificultades insalvables del código oral. Las vibraciones que producen nuestra voz se deshacen como humo en la distancia.

Lo hablado, aun siendo el espejo que reflejaba nuestro interior, siempre fue impreciso, debido esencialmente a la volatilidad de su esencia, por ello los seres humanos necesitaban consolidar aquella realidad efímera e inmovilizar lo disertado. Si todo lo sentido era aire, las consecuencias de lo hablado se desharían en un soplo. El mundo demandaba la perennidad del fruto de la imaginación humana, si lo conseguían se habría dado el paso definitivo hacia la recuperación continua de lo pensado y posteriormente proferido en cualesquiera circunstancias.

Hacer visible el sonido, sujetarlo con cadenas a nuestras vidas, pero no solo para los oyentes cercanos al orador, sino para todos aquellos que quisieran o necesitaran saber acerca de lo dicho. Desafiar el tiempo siendo a la vez el transmisor perenne de la intención que precede a la idea y de esta última que, una vez fijada, acoge el hecho que surge del ánimo, de la necesidad, del juicio o de la belleza de lo contemplado.

Crear y afianzar. De este modo se lograba un nuevo tipo de comunicación que evitase el cumplimiento de una de las reglas negativas del destino, aquella que preconiza que lo que se busca desaparece justo antes de que sea encontrado, como si de un siniestro juego del escondite se tratase.

6 Esta expresión ha sido adjudicada a Tito Livio. Otros autores mantienen que no se hace mención de ella en su libro estrella: *Ad Urbe Condita. Historia de Roma desde la fundación de la ciudad*. Traducción de Antonio Fontán. Madrid, CSIC-Universidad Complutense de Madrid, 1997.

Ante todo, se ha de considerar que la relación humana se basó principalmente en dos grandes soportes que favorecerían la expresión y permanencia de sus ideas por medio de la palabra. En primer lugar, se manifestaba como algo instantáneo, inaplazable, por medio de la oralidad; y en segundo, procuraba la búsqueda de la permanencia a través de la fijación de esa oralidad, consiguiendo objetivos tan diversos como la perpetuación de sus leyendas o la contabilidad de los depósitos pecuniarios para un cabal sostenimiento de sus haciendas.

2. El salto hacia la fijación

Desgraciadamente, desde los primeros tiempos de la humanidad hasta la consolidación de algún tipo de escritura que denotase un sentido coherente, existe una terrible y larga pausa que se manifiesta decepcionante por la escasez de datos⁷. El ser humano, incluyendo sus formas más imperfectas, ha permanecido en la tierra más de un millón de años, aunque solo escribe desde hace seis mil⁸.

Conocemos que fue por medio de dibujos y de pinturas que se comenzó a transitar el dilatado camino de la escritura. Los seres humanos debían encontrar una colectividad de símbolos que adecuadamente organizados les indicasen los nuevos recodos de un viaje hecho con las manos. Estas fueron absolutamente necesarias para hacer permanente todo aquello que expresaban oralmente, logrando establecer la materialidad de lo necesario, pero igualmente de lo sentido, de lo quimérico.

Aun con todo, el nacimiento de la escritura no se debió a ensoñaciones o emociones retóricas, sino que, como muchas de las cuestiones humanas, fue debido a miserias poco literarias. La principal de ellas fue la prosperidad económica como gran motor de la evolución humana. Así, entre otros sistemas de fijación nacieron las primeras tablillas de barro que acogían unos signos que ayudaban a mantener sus tenedurías agrícolas y ganaderas o las primeras fórmulas de farmacopea⁹. De este modo, en la necesidad de descubrir nuevas formas de prosperar, estaba naciendo la extraordinaria aventura de la escritura.

Los signos representaban seres o sucesos y podían ser interpretados por sacerdotes y escribas que habían sido debidamente iniciados en aquellos caracteres. Pero había que esperar una metamorfosis que diera lugar a que los símbolos pudieran

7 Kramer construyó un genial acercamiento a una sociedad que escribe y gracias a ello sustenta los muros embrionarios de la memoria de la humanidad. Kramer, Samuel Noah: *La historia empieza en Sumer*. Barcelona, Ayma, 1978.

8 Étiemble, René: *Nouveaux essais de littérature universelle*. París, Gallimard, 1972.

9 Noah Kramer, *op. cit.*, pp. 110-121.

interpretarse como sonidos comprensibles por la lengua hablada. En definitiva, una vez que habían logrado que el mundo viviera en su voz, había que conseguir que estuviese en sus manos dominarlo por medio de la escritura.

No fue un portento, ni una genialidad, sino una exigencia que abría la compuerta de la gran fuente de la escritura: el fonetismo. El fonetismo se descubría como una disciplina que permitía explorar la riqueza de la sonoridad del lenguaje humano, de modo que se diesen bastantes más soluciones que unos trazos elementales en una relación de artesanos durante una real obra.

Al mismo tiempo, el paso del tiempo dio lugar a que aquellas embrionarias formas de memoria se transformaran en la base de la vida social por medio de las producciones jurídicas, religiosas o de solaz, junto con las primigenias composiciones literarias. Los pueblos del creciente fértil fueron los iniciales usuarios de esta forma de comunicación, de modo que hoy en día son considerados no solo como los creadores, sino como los beneficiarios adelantados de las actividades derivadas de aquella originaria escritura.

Una de las aplicaciones más apreciadas fue el logro de que la escritura viajase, pero no solo por un instante, al modo de la comunicación oral, sino que lo hiciese por medio de un soporte que transita los caminos y transmite nuestro pensamiento a un destinatario, sin importar dónde espere nuestras palabras. Había nacido la comunicación epistolar. Pero todavía había algo mejor detrás de esos traslados, la bidireccionalidad, y una vez leídas nuestras alegrías, nuestras zozobras o nuestras esperanzas, el receptor podía revelar su respuesta a la petición, sentencia o tormento remitido.

Mil aplicaciones, así se entendía el futuro de la palabra encadenada a un soporte, pero sobre todas es necesario destacar una que llegó para perpetuar lo contenido: la literatura. Es decir, el más excelso destino de la palabra consolidada, que podía acompañarnos en el gran viaje hacia nuestro espíritu, tal como podemos ejemplificar en las epopeyas de Gilgamesh o en la de Manas¹⁰.

El mundo no estaba cambiando, lo que realmente mutaba era la cualidad de conservar la memoria. Escribir para permanecer. Por ello, no ha de sorprender que pueblos más o menos cercanos a la fuente escrituraria mesopotámica, que comenzó a brotar el 3400 a.C., bebieron de sus aguas y adoptaron unos roles comunicativos basados en la escritura cuneiforme, a pesar de comunicarse, durante la relación verbal acostumbrada, en lenguajes diferentes. No solo lo hicieron los elamitas, que desarrollaron su vida cerca de los orígenes del milagro comunicador, en el actual

10 *La epopeya de Manas y las fuentes históricas*. Trad. Asilbeck Eshiev, Madrid, Nuestro Conocimiento, 2021. *La epopeya de Gilgamesh*, Trad. Pedro López Barja, Madrid, Akal Oriente, 2015.

Irán, sino pueblos más lejanos en el espacio, como los hititas, que hablaban una lengua indoeuropea y estaban plenamente influenciadas por las emergentes culturas de la península griega¹¹.

La competencia le vino al espacio gráfico cuneiforme de dos nuevos sistemas de fijación: uno cercano, los jeroglíficos egipcios¹² y el otro, perdido en el lejano este, el chino¹³. Los egipcios utilizaron un compuesto jeroglífico que servía para manifestar todo tipo de situaciones y que no dejaba de crecer ante las necesidades de representar nuevas concepciones, acrecentándose hasta tener más de cinco mil signos en los momentos más expansivos. En la escritura jeroglífica nunca faltó el carácter sagrado, que fue el motivo de su primera existencia y que fue aplicado a la referencia de los sucesivos acontecimientos llegando a su máxima expresión en el Libro de los Muertos¹⁴.

Si hubiese de destacar una de las cualidades más importantes de la escritura jeroglífica, no dudaría en la capacidad de adaptación que mostró desde sus primeros ejemplos y posteriormente, con la aparición de dos escrituras más cursivas, la escritura hierática¹⁵, con objetivos más religiosos y formales, y la demótica¹⁶.

En los territorios de la actual China, muy lejos de las fértiles riberas del Nilo, se utilizaba una escritura muy diferente que, aún en nuestros días, tan poco acostumbrados al asombro, sigue llamando la atención por haber pervivido como forma de comunicación vital para muchos millones de habitantes¹⁷. La escritura china se basaba en la perpetuación de los elementos primarios que la componían: los pictogramas. Sería la singular hermosura de sus rasgos, que ha crecido hasta

11 Pascual Coello, David: "El origen de la escritura cuneiforme hitita. Nuevas perspectivas", en *Orientalística en tiempos de crisis. Actas del Congreso Nacional del Centro de Estudios del Próximo Oriente* / coord. Alberto Bernabé Pajares y Juan Antonio Álvarez -Pedrosa Núñez. Madrid, Pórtico, 2015, pp. 263-274.

12 Allen, James P.: *Egipto jeroglífico. Introducción a la escritura y cultura del Antiguo Egipto*. Madrid, Almuzara, 2024.

13 Baxter, William y Sagart, Laurent: *Old chinese. A New Reconstruction*. Oxford, Oxford University Press, 2014.

14 Wallis Budge, Ernest A.: *El libro egipcio de los muertos*. Barcelona, Librería Universitaria, 2022.

15 Continúa siendo un referente: Lefebvre, G: *Granmaire de l'égyptien classique*. El Cairo, Institut Francaise d'Archeologie Oriental, 1995.

16 Baines, John: "Literacy and Ancient Egyptian Society", *Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*. Vol. 18, 3 (1983) pp. 572-599.

17 Fuera del origen mitológico, abonado por la leyenda del emperador Amarillo y su ministro Can Jie, se puede afirmar que la escritura china dio sus primeras fijaciones en el Neolítico, siendo sus productos más significativos los huesos oraculares de la dinastía Shang. Jinjing, Xû: "Origen de los shang entre la mitología y las inscripciones", *Estudios complutenses de Asia Oriental* 1/1 (2025). <https://doi.org/10.5209/eca.100155>.

convertirla en leyenda y considerarla como un arte, a través de sus múltiples variantes, o su traslado a la escritura japonesa de factura tardía por medio de los Kanyī¹⁸.

En este orden de cosas se viene afirmando que, contrariamente a la supuesta inmutabilidad escrita, se han producido numerosos cambios en los sonidos de los abundantes dialectos chinos hasta llegar a una gran complejidad en la actualidad, que incluso impide el entendimiento entre los diferentes hablantes de los mismos. Sin embargo, en el aspecto de la capacidad de comprensión textual, tanto antigua como de textos actuales, hay un común reconocimiento de la lengua que trasciende de la oralidad y concierne a todos los lectores independientemente de las regiones geográficas. Encierra esta conformidad de prudencia lectora una inmejorable ayuda en las actividades económica, comercial, política o administrativa, dentro de un país con unas dimensiones colosales y con unos medios de comunicación muy deficientes en ciertas áreas rurales.

3. Los procesos alfabéticos

En justicia, dado que no es el objetivo de estas páginas, no debemos acometer un estudio en profundidad de los principales sistemas gráficos que consiguieron el nacimiento y posterior expansión de la fijación de la memoria, dejando de lado la gran revolución escrituraria que emanó del conjunto de procesos alfabéticos que, al final de un largo camino de mutaciones, se asentaron definitivamente en Occidente. El origen de este proceso es único, como único es el alfabeto, aunque se guarnezca de variadas formas. En un comienzo fue el alfabeto semita que en la actualidad se presenta, como el patrón que mayores opciones ostenta para ser el origen de todas las posteriores variantes que han desarrollado este modelo escriturario. Una de las primitivas fue la creada por los habitantes de la antigua Grecia, y, posiblemente, fueran dichas formas gráficas originarias, los modelos de los que tomaron algunos rasgos en ciertas grafías usadas en Europa. Los griegos fueron capaces de crear un alfabeto que consiguió exportar sus signos descriptivos llegando a la Península Itálica y dando nueva forma a ciertos alfabetos como el etrusco, que transmitió sus fuentes a nuevas estructuras escriturarias como el osco y el umbro¹⁹. Dicho silabario resultó ser el gran milagro que, producto de un largo parto, fue concebido por medio de la conjunción de aquellas formas primitivas llegadas a través de los etruscos.

18 Los kanji, ideogramas tradicionales chinos, fueron utilizados en un principio por su valor fonético. En la actualidad se utilizan para registrar los sustantivos, los adjetivos y las raíces de los verbos. Torres i Graell, Albert: *Kanji, la escritura japonesa*. Madrid, Hiperión, 1998.

19 Guarducci, M: "Tre note relative alla storia dell'alfabeto", *Studi Etruschi*, 14, (1940), pp. 281-298

Con toda seguridad, brotaron otras muchas formas gráficas que no disfrutaron de la fortuna de asentarse como solución perenne al contrario de lo que sucedió con el alfabeto latino.

Los romanos obtuvieron luz donde había oscuridad y certezas donde reinaban las dudas, de modo que sus mayúsculas y minúsculas, junto con las formas unciales y semiunciales, fueron forjando la base definitiva para triturar todas las antiguas grafías, ya inservibles, y con sus residuos generar un sustrato que sirviese para una ulterior fijación de las noveles formas. Evidentemente esta evolución no se llevó a cabo en un espacio corto de tiempo, por ello tuvo influencias y saltos gráficos en las que se apoyaron algunas de sus novedades, que aún hoy en día se discuten acaloradamente²⁰.

El alfabeto latino se basó sobre todo en una cantidad ingente de alteraciones, muchas veces amparadas por las exigencias puntuales y las necesidades políticas, religiosas y sociales, que han servido, gracias a su versatilidad, de guía o de destino obligado en los múltiples itinerarios geográficos que ha frecuentado la memoria escrita sustentada en el mismo²¹. Así pues, sobre todo desde la Edad Media, hubo una consecuente generalización de la cultura escrita que ha continuado en ascenso hasta nuestros días²².

4. La escritura y el poder

Surge en este momento una reflexión sobre la idea de escritura adorno, que apenas sirve para dar luz a todos los misterios confiados a sus trazos. Dichas grafías no plantean un diagnóstico formal acerca de su objetivo, dentro de la órbita cultural donde se desarrolla, y por ello pueden eludir un análisis sobre la solidez de su potestad escrituraria.

La idea de cultura escrita que, en más de una ocasión, se ha cimentado en el concepto comúnmente aceptado de que escritura es igual a comunicación, se podría socavar cuando los sistemas se complican porque ocultan ciertas acciones que deberían quedar al descubierto, pero que, aun siendo comprensibles al lector en el

20 A modo de ejemplificación puede servir la Fíbula Prenestina que, presentada al mundo en 1887, es enormemente conocida por su inscripción: "*Manios med fhefhaked Numasioi*". Datada en el siglo VII a.C. ha tenido que esperar hasta 2011 para que las modernas técnicas hayan podido certificar su autenticidad, de la experta mano de Edilberto Formigli y Daniela Ferro.

21 El exceso de trabajos sobre esta temática nos exime en su profundización. A modo de ejemplo se pueden señalar: Gelb, Ignace J.: *Historia de la escritura*. Madrid, Alianza Editorial, 1993, y Mosterín, Jesús: *Teoría de la escritura*. Barcelona, Icaria, 1993.

22 Petrucci, Armando y Romeo, Carlo: *Scriptores in urbibus. Alfabetismo e cultura scritta nell'Italia altomedievale*. Bologna, Il Mulino, 1992.

núcleo, se escapan por los límites. Si lo que se pretendía era comunicar, ¿cómo se podría justificar entonces que algunos pueblos hubiesen abandonado los sencillos pictogramas originales, por procedimientos que resultaban enormemente complejos para quienes los manejaban?²³.

¿Eficacia en la comunicación o abstracción en el ejercicio de la potestad? El hermetismo gráfico se convirtió en fuente de poder a lo largo de la historia de la escritura. Las edades antigua y media proponen abundantes ejemplos de elevada dificultad de conocimiento, lo que llevaba emparejado un embrionario eje escritura-poder que acabará por desarrollarse hasta doblegar nuestros pensamientos y por consiguiente la transmisión de los mismos.

La edad moderna representó una larga estabilidad en las gráficas que se habría de consolidar en los siglos posteriores, mientras se asistía a una toma de conciencia social hacia la escritura, por medio de su transferencia a los grupos sociales menos favorecidos. Es decir, el nuevo control de la transmisión textual proponía nuevos derroteros sin abandonar el objetivo del dominio de la colectividad a través de las letras.

Las funciones escriturarias utilizadas por las capas sociales, si bien eran muy amplias, estaban lejos de una funcionalidad resolutive en la organización del poder. Indudablemente, la democratización del sistema comunicativo escriturario solo era aparente, en tanto que tenía un acceso más asequible, aunque no se llevará a cabo en plenitud hasta bien entrado el siglo XX.

Son harto conocidos los vínculos que desde siempre se han establecido entre el poder y la escritura, en un principio sobre las variantes manuscritas que tiempos después se han repetido sobre la escritura impresa. Son acciones que se presentan sobreentendidas en la mayoría de las ocasiones, sobre todo en las que fueron llevadas a cabo en la época previa a la imprenta. Por medio de dichas tareas, se determinaba de qué modo la escritura y su práctica, en la mayoría de las ocasiones, albergaban la pertenencia de los usuarios a un grupo social preeminente. Efectivamente, la actividad escrituraria se presentaba como un instrumento que definía la pertenencia de clase. Por supuesto, esa tenencia de poder tiende a romperse o al menos a erosionarse, cuando la escritura se filtra lentamente a las clases populares. Surge entonces la escritura del contrapoder, que debe ejercitar un difícil equilibrio en su desarrollo, lógicamente encaminado a la erosión de la autoridad. Obviamente, si la autoridad no se puede eliminar en sus raíces como tal, será a través de una deconstrucción de sus estructuras culturales lo que permitirá alcanzar una sociedad lectora independiente de ciertos preceptos.

23 Bottéro, Jean y otros: *Cultura, pensamiento, escritura*. Barcelona, Gedisa, 1995.

Algunos sectores de las clases medias, ya en los tiempos tardomodernos o iniciales de la edad contemporánea, habían alcanzado un dominio medio del campo escriturario, aunque ciertamente sin procurar otros objetivos. El lenguaje escrito satisface a esos grupos sociales y está lejos de toda coartada, no las necesita para componer porque no utiliza el poder dimanado del ejercicio escritor. No se plantean problemas porque no intuyen la solución. Definitivamente actúa en busca del objetivo primario de lo escrito, comunicar.

Un ejercicio que se puede resolver, convirtiendo en algo trivial lo que en ningún caso debería serlo. La banalidad engulle la práctica escrituraria y la sociedad se conforma en ensayar la experiencia con la que satisfacer el ocio o cubrir una necesidad. Roland Barthes ha visto en el uso imperfecto de la escritura por parte de esa sociedad clásico burguesa simplemente: “*un instrumento o una decoración*”²⁴.

Se podría argumentar que la aceptación de ciertos patrones de organización textual, excesivamente limitados por la racionalidad, no permitieron otras perspectivas empíricas a dichos colectivos sociales. La bondad que acompaña a la rigidez de ciertas normas textuales lleva implícita históricamente su mayor defecto, la falta de procedimientos experimentales. Por ello, al ser escenificado el intercambio del conocimiento oral, no buscan sino una comunicación en primer grado, en un segundo estadio al poner por escrito estas teorías no solo no incrementan su objetivo, sino que lo esconden.

5. Manuscrito de autor, *brouillons* y crítica genética.

Llegados a nuestros días, se observa que las tecnologías dominan nuestro universo escriturario, de tal suerte que cada vez resulta más difícil encontrar algún autor que escriba a manos sus impresiones, y casi imposible aquel que guarda sus primeras anotaciones. Es más, mecánicamente suelen deshacerse de esos archivos informáticos que contenían uno de los tesoros más reconocidos en el mundo de la redacción, las variaciones de texto.

Está claro que esto no siempre fue así: los autores antiguos, medievales y modernos no disponían de otra forma de representar los sentimientos que las formas gráficas manuscritas y desde que esbozaban los primeros rasgueos sobre el soporte, hasta que posteriormente se llegaba al producto final que se entregaba al impresor, mantenían una dirección que precisaba de ideas intercaladas o sencillamente contrarias que quedaban arrumbadas en algunas minutas. Por ello, no podemos dejar

24 Barthes, Roland: *La muerte del autor. El susurro del lenguaje*. Barcelona, Editorial Paidós, 1987.

para el olvido todos los apuntes y borradores que reflejaban las diferentes doctrinas que se fueron plasmando en el papel²⁵.

Dentro de la línea de análisis que se propugna en estas páginas resulta sugerente, a la vez que indispensable, el acercamiento a las adiciones que se van produciendo y añadiendo a los textos primigenios, que acabarán cambiando de sentido con el avance de su confección. En algunas ocasiones los autores, en aras de conseguir una escritura más canónica al gusto de la época, preparaban diferentes versiones de un mismo texto. Estos apéndices que sucesivamente se van añadiendo a los textos originales, van conformando la identidad conclusiva de lo escrito. Desde el signo inaugural que hiere el soporte, el autor irá colocando su sentimiento alineado por medio de los posteriores grafos hasta dar forma a la representación de sus ideas. Las primeras impresiones siempre reflejarán la realidad de lo pensado en un primer momento. Después de los cambios, se mostrará sobre el papel la urgencia o necesidad de las mejoras precisas. El discurso es un barco a merced de las olas insufladas por su propio creador. De este modo, las correcciones que se van añadiendo pueden llevar a la obra primitiva a un puerto seguro y buscado con el anhelo de la lógica, o por el contrario estrellarlo en la escabrosa costa de la inconveniencia

En todo caso, estos saltos textuales deben ser objeto de similar estudio al que sometemos las correcciones gráficas cuando nos encontramos dos tipos de escritura en un solo trabajo, una más personal, que resulta más compleja en su lectura, y otra más canónica, al gusto de los lectores menos avisados.

En ciertas ocasiones estas mutaciones no llegan al texto definitivo, con la consiguiente y significativa pérdida de las fluctuaciones emotivas que las motivaron. Por ello, estas transformaciones se presentan como los testigos que permiten identificar y controlar los sentimientos del autor a lo largo del periodo de redacción que, con toda seguridad, propiciaron las nuevas redacciones.

El lector siempre ha de profundizar en los manuscritos de autor que permanecen inalterados en busca de la manifestación de su personalidad, pero indudablemente su fuente más jugosa la obtendrá de aquellos borradores donde su superponen diferentes acepciones, que permiten seguir la transmisión en el papel de todo aquello que su íntimo sentir ha concebido lo largo del trayecto.

La página es asimismo un hábito de trabajo que el autor vestirá de líneas donde expresar sus creaciones, porque la página se sentiría decepcionada si solo hubiese letras canónicamente ordenadas. El creador transforma con sus notas, sus mutaciones o sus arrepentimientos la disposición original de la hoja. Se rompen

25 Chartier, Roger: *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*. Buenos Aires, Katz, 2008.

los márgenes, se escribe entre líneas, los códigos personales repueblan los blancos imposibles, cualquier lugar es bueno para poder expresar un ulterior ensueño. No hay más reglas que las propias pulsiones del autor. ¿Quién no se siente tentado por un último examen?

Es cierto que muchos de estos previos no verán jamás la luz, aun siendo luz en sí mismos, y lo que es peor, no podrán ser poseídos por los lectores, innegables destinatarios a los que exclusivamente llegará la versión definitiva. Esas mismas páginas que llegan al final son enérgicas supervivientes de un camino que recorrieron acompañadas de *brouillons* que existieron plagados de notas, interlineados, borrados y tachados, porque todos juntos reflejaron la coherencia del autor del trabajo con la teoría que se soportaba en las páginas finales.

Igualmente, resulta extremadamente sugestiva la correspondencia que mantiene el autor en época de creación. Es clave para conocer su progreso, reconocer las distintas experiencias que vive ante la hoja en blanco, por medio de las confesiones que va realizando a las personas partícipes de sus avances.

El autor se desnudará anímicamente ante sus contertulios epistolares y se podrá seguir el rastro de las prendas que despoja de su esencia hasta llegar a negarse a sí mismo. En su camino, puede dejar de cubrirse con las ideas inadecuadas, no correspondidas o propias de críticos sin discernimiento del alma y, de ese modo, presentarse sin filtros.

Como resultado de esta miscelánea de seguimientos ajenos se puede lograr un mejor juicio sobre la génesis del manuscrito. Las diferentes teorías que se pueden plantear, acerca de la evolución en la creación literaria autógrafa del autor, forzosamente concluirán en un mismo destino, una suerte de estación de reencuentro intermodal donde los posibles enfoques contrapuestos conciertan un nuevo punto de partida: los estudios de crítica genética²⁶.

Una perspectiva que permitirá seguir el trazo que proponen los caracteres mentales exteriorizados por medio de una representación, que nos introduce en el universo de los hechos a través de la escritura. Es decir, el conjunto de los actos de la expresión redactada que ponen de manifiesto los poderes propios de la escritura. En definitiva, un sistema de códigos que da vida a los fundamentos de la comunicación indeleble que devienen, como se apuntó con anterioridad, del sistema absoluto de comunicación representado por el lenguaje²⁷.

26 Hay, Louis: <<Critiques de la critique génétique>> *Génesis*, 6 (1994), pp. 11-23.

27 Lois, Élida: <<La Crítica genética: un marco teórico sobre la disciplina, objetivos y método>>. *Creneida*, 2 (2014), pp. 57-78.

6. El sentimiento del autor y la lectura

¿Qué sería de la escritura si no fuese capaz de horadar eternamente el espíritu de los que se embarcan en su viaje?

Incluso hoy más que nunca, que vivimos inmersos en un infinito maremoto de datos, los escribanos toman el útil con la conciencia serena de que su trabajo será más efectivo que cualquier otro acto de transmisión oral. El calígrafo se presenta ante el soporte vacío como un escultor del silencio.

Existe aún, afortunadamente, toda una fascinación por lo escrito como si cada golpe de mano, cada incisión en el papel, cada mancha de tinta fuesen una vía de escape por donde se presenta esa parte oculta del individuo que tantas veces se resiste a presentarse. De este modo, si acompañamos la fortuna del manuscrito en su fugacidad o, con suerte, en su prolongada vida, asistiremos a un devenir aparentemente opuesto entre la exigencia de su confección y la libertad para llevarla a cabo. Un binomio que nos ayudará a conocer la aventura espiritual del autor. En este orden de cosas se han manifestado los postulados del filósofo italiano Benedetto Croce, que propugnó las nuevas posibilidades de conocimiento a partir de la lectura de aquellos textos que nacieron para ser leídos ²⁸.

Un recorrido esencial para un precepto consiguientemente vivo: la escritura. Un hecho extraordinario que a su vez sirve de sustento a los elementos que participan de ella. La escritura permite conocer la existencia del monje que redactó la carta de donación y la de los donantes; la del rey que concedió una merced y la de los felices receptores de la misma y, por supuesto, la de los afanosos discípulos que escribían al dictado a la espera de unas monedas. En fin, el lector puede llegar a la otra orilla, porque es quien mueve los remos del lenguaje.

La escritura no solo permanece viva en el tiempo, sino que insufla perennidad a los personajes que enlazaron su corta existencia humana con la apacible prisión de las grafías. De este modo sobrevive a su tiempo, extendiéndose sin límites. Cada vez que un lector se acerca a ella puede cobrar nueva existencia y se manifestará útil a las tramas que dormían en sus líneas, a la vez que ayudará a conocer el código lingüístico que se utilizó, emergiendo como una civilización redescubierta y generando una reproducción sin limitaciones. Todos volverán a existir, porque vivirán en sus palabras, en sus pensamientos, en cada gota de tinta. Tanto, que, aunque el soporte con el que viaja a través del tiempo se deshaga en manos del lector, la escritura habrá triunfado sobre cualquier período.

28 Croce, Benedetto: *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general*. Edición de Pedro Aullón de Haro y Jesús García Gabaldón. Málaga, Editorial Ágora, 1997.

Se ha venido insistiendo en que los textos son memoria de lo hablado, recordatorios de lo pensado. Cuando comunicamos con nuestros semejantes podemos utilizar tantas ideas como sean necesarias para que nuestra intención, nuestro deseo, o simplemente nuestro saludo, sea discernido en su justa medida. Si decidimos pasar aquellas expresiones orales al soporte escriturario se enmascaran al menos dos ayudas en orden al entendimiento: una la dispersión de la palabra escuchada que no puede prolongarse y otra, el sentimiento que se traslada con la entonación.

El papel enmudece cuando recibe la tinta y necesita de alguien que lo devuelva a la vida, a esa primigenia intención, a la que solo regresará si se vuelven a pronunciar los signos en concordancia. El texto no sustituye a la idea, solo la perpetua. Olson nos recuerda que los textos son una expresión imprecisa de las intenciones²⁹.

Lógicamente la comunicación escrita y oral se sustentan en la misma estructura gramatical, aquella que después de los estudios de Morris se ha conocido como sintaxis semántica y pragmática³⁰. En esta misma línea Chafe, en los trabajos presentados en 1981 y 1986, da un paso más, concluyendo que el habla es medio sustancial de comunicación en una unidad de idea, la cual, esencial y básicamente, no excede de una o dos frases coordinadas por un verbo³¹. El propio Chafe entiende que cuando las ideas expresadas por la lengua oral se transforman en lengua escrita, esta última respeta las ideas principales que habitualmente se manifiestan en unidades. Así entendemos que indiscutiblemente, las subordina a la estructura gramatical de la oración, puntal ineludible en la compleja construcción de la lengua escrita. Por ello, las expresiones escritas serán con toda lógica, más extensas que aquello que la mente puede transmitir a partir del habla.

Lo transmitido por la oralidad no tendrá necesariamente una alineación lógica, mientras que la escritura o lengua escrita imperiosamente debe sustentarse en una ordenación formal, que no dé como resultado un cúmulo de palabras revueltas que no importarían en un intercambio hablado. Es necesario adaptar dicha oralidad, que desconoce el orden inexcusable a las normativas que rigen las disposiciones de lo escrito.

29 Olson, David R.: *El mundo sobre el papel. El impacto de la lectura y la escritura en la estructura del conocimiento*. Barcelona, Gedisa, 1998, p. 206.

30 Morris, Charles William: *Fundamentos de la teoría de los signos*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1994.

31 Chafe, W.: "Evidentiality in English Conversation and Academic Writing", en W. Chafe & J. Nichols (eds.), *Evidentiality: The Linguistic Coding of Epistemology*. Norwood, New Jersey, 1986, pp. 261-272.

Cuando Alain Corbin escribió su deliciosa “*Tierra incógnita*”³², un volumen dedicado a la historia de la ignorancia en los siglos XVIII y XIX, olvidó, tal vez intencionadamente, dedicar unas páginas al grave desconocimiento que sobre la Cultura Escrita manifestaban los ciudadanos medios en siglos tan avanzados. Corbin relata la incompetencia demostrada por una inmensidad de seres humanos durante siglos, incluso milenios, sobre el contenido de una gran extensión de la superficie de nuestro planeta, incluyendo todo lo referido a las presuntas poblaciones que habitaban aquellos territorios desconocidos. Lo cual no dejaba de ser un complejo misterio que necesitaba resolverse y que en variadas ocasiones se saldó con sonoros fracasos.

Por otro lado, aquellas decepciones espolearon el interés de una minoría por descubrir ciertos aspectos sombríos de nuestro planeta, tales como conocer el fondo del mar, el porqué de los glaciares, dónde estaban las fuentes de algunos ríos o cómo conseguir llegar a los Polos. Todos ellos se volvieron objetivos plausibles, aunque la gran mayoría de los habitantes no lo consideraba una necesidad. Sin embargo, aún hoy en día una parte importante de la población no reflexiona sobre la necesidad de tomar el cálamo y acariciar el papel para reflejar el mayor de los interrogantes, nuestro espíritu y con ello encontrar el camino hacia cualquier lugar físico o imaginario.

¿Cómo enfrentarnos al manuscrito una vez conocidos todos sus poderes? La principal de las estrategias pasa por hacerlo hablar. Lograr la postrera metamorfosis, la de la doble oralidad. En un primer estadio es el pensamiento que se hace tangible, bien por la pronunciación o bien, porque se hace escritura. Esta escritura se hará presente por medio de su lectura, donde nuevamente aparece la intrusión del sonido. De esta manera se genera un círculo que consta de tres partes: en primer lugar, una primera oralidad que da a conocer el pensamiento; a continuación, la escritura, que como fijación tangible supone la visibilidad de la abstracción y, por último, la pronunciación lectora, que devuelve la libertad a la palabra. La escritura no es nada si no alcanza a ser leída.

7. Pérdida, espera y renuncia

El temor a la pérdida ha convulsionado en variadas ocasiones el afán por conservar las memorias de ciertas sociedades, sobre todo con el advenimiento de los tiempos modernos. No entendían que perder es necesario, aunque sea para ocupar

32 Corbin, Alain: *Terra incógnita. Una historia de la ignorancia (siglos XVII y XVIII)*. Barcelona, Acantilado, 2024.

con soñadas nostalgias el hogar vacío de la memoria desvanecida. Esa desesperación de poseer todos los recuerdos y dejarlos encadenados al papel, el pergamino, el metal o la piedra más indolente para perpetuar un camino tranquilo, porque el guardián de la memoria custodiaba las presencias. Aunque a veces, este excesivo celo supusiese una superposición de avatares que fuese necesario reescribir para aclarar las ideas o para suprimir lo repetido o lo ilusorio.

En la espera y en la renuncia siempre hay un umbral que nos invita a seguir por la senda de los sueños. Así, el autor reconoce en ello la transición al milagro que se hará letras, palabras, preguntas, discurso inconsciente tal vez. Deseando alejarse de la lentitud de nuestra cotidianeidad que se desarrolla siempre, incluso a nuestro pesar, en círculos concéntricos e inconscientes.

¿Dónde queda el carácter absoluto de lo volitivo que atribuye Nietzsche a la fuerza de individualidad³³? Indudablemente el ejercicio de relación entre el pensamiento, el lenguaje y la plasmación en el papel puede llegar a complicarse tanto como ocasiones tenga el autor, generalmente anclado en lo permanente e incapaz por tanto de hacer el esfuerzo de representar el devenir.

Acaso el escribano de oficio no se siente como un recluso obligado, durante su carcelaria reclusión, a recorrer un patio cuyos rincones han sido mil veces sabidos y muchas más sentidos. Cada palabra del manuscrito, cada puntuación, cada línea, es una realidad necesitada de nacer tiempo, acumular tiempo y resistir al tiempo³⁴.

Que una mirada de presuntos fascinados, ocultos en otros tantos disfraces, se acerquen al manuscrito no hará brotar las mutaciones lexicográficas, ni la conciencia, ni tan siquiera la básica narrativa moral que este alberga. Por lo tanto, no garantiza la conservación de la experiencia construida en el tiempo y contenida en el simbolismo textual. Del mismo modo, no hará que se descifre el arcano, por más que un sinnúmero de ojos cegados lo interpreten como aceptable arquitectura discursiva o, en el peor de los casos, como ininteligible amalgama de dudas.

En todo manuscrito que pretenda acoger una sensación de algo, habrá invariablemente un desafío que, obligatoriamente, ha de ser consentido por el lector que habrá de elegir qué calidad de representación intelectual desea asumir, hasta el extremo de aceptar una identidad individual o colectiva, a través de la cual construya su propia interpretación de la memoria³⁵.

33 Moraleja, Alfonso: "Nietzsche; veneno y antídoto (un breve ensayo sobre el individualismo político)", *Cuaderno Gris*, 5 (2001), pp. 203-209.

34 Petrucci, Armando: *La descrizione del manoscritto. Storia, problemi, modelli*. Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1985.

35 VV.AA.: *El legado de Mnemosyne. Las escrituras del yo a través del tiempo*. Castillo Gómez, Antonio (Dir.) Sierra Blas, Verónica (Ed.). Gijón, Trea, 2007.

Conclusiones

La palabra que a borbotones salpica la boca del autor consigue fecundar el papel, acometiendo un trabajo de inmutabilidad sobre un universo blanco. Así, el silencio gráfico, manifestado como clara representación del desamparo y de la negación, deja paso a un sorprendente estallido de signos. La escritura se transforma en el quinto elemento, abriendo la puerta a la voz oculta.

Nuestro desconsolado destino es hacer descender los mensajes infinitos a la triste condición de los humanos por medio del alfabetismo³⁶. Esos objetos maravillosos que siempre debieron estar al cobijo de los dioses se ven obligados a arrastrarse como incorpóreos reptiles por soportes no deseados, aunque quizá como dice Calasso: “*Los dioses son huéspedes huidizos de la literatura*”³⁷. Ciertamente, porque los dioses se muestran recelosos cuando sienten que la pluma quiere atarlos y mostrarlos desnudos bajo la luz de la impúdica Historia. Del mismo modo, los mitos se sujetan en grafos y cuando quedan exhumados del sueño llegan a sentir la evanescencia que los cobija, piden sostenerse en las leyendas, y entonces, en fantasías engañosas que nos hacen repetir los mismos discursos, aquellos que usamos en esa liturgia que únicamente se sostiene en la argumentación que los acoge y los ensalza, pero no indica el camino. Mallarmé dijo respecto a la búsqueda de la literatura sobre los mitos griegos: “*excavando el verso hasta ese punto he encontrado dos abismos que me desesperan. Uno es la Nada*”³⁸.

Efectivamente, porque todo parece ser hasta que no se construye en la realidad. En ocasiones se nos antoja morar en un gran libro, que bien pudiese ser nuestro propio planeta. En unas páginas en blanco que se hayan deshabitadas a la espera de que alguien afortunado sea capaz de descifrar la causa. Un intérprete que lea en el vacío y que se reconcilie con todos aquellos pliegos que, aun estando llenos, nada dicen. Un explorador que traiga hasta nosotros la certidumbre del único camino que se hace desbrozando las líneas que lo forman, buscando algo precioso que perdimos en el hecho de su confección.

Los dioses, esos seres aparentemente inescrutables que viven en la perpetua incertidumbre de la espera, saben que descifrar el enigma sería su final, por eso se ocultan en la ceremonia de la literatura más ilógica. En ocasiones intentan hablar por la boca de los lectores más sagaces, esos que excavan sin descanso por las grietas de la inconsistencia. Aquellos que se acercan a los presupuestos del autor con una intensidad obsesiva en busca de adivinar los arcanos que hay detrás de la elocuencia del delirio.

36 Petrucci y Romeo: *op. cit.*

37 Calasso, Roberto: *La literatura y los dioses*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 11.

38 Mallarmé, Stéphane: *Les Dieux antiques*, Paris, FB, 2015.

Únicamente la certera reflexión permitirá alcanzar el equilibrio entre la ensoñación humana, la memoria de lo quimérico y las primeras pruebas de lo fijado. Si bien es cierto que solo tiene sentido lo que puede ser relatado, porque recrea la conciencia del tiempo. Ese oscuro lugar, del que apenas sabemos que únicamente entre los custodios de lo referido se podrá romper la suspensión de lo oculto a través de la voz y, lícitamente, encontrar el camino que nos ayude a configurar el discurso aplazado. Así como en la epístola se funden el himno y la elegía³⁹.

Nos hacemos preguntas a cada línea que ciframos, en procura de una respuesta que está por escribir. ¿Acaso se puede pedir coherencia a las olas infinitas? ¿Acaso la supuesta libertad que guía al creador puede negar la confección de ignorados juegos de palabras? ¿Acaso basta la lluvia para germinar las plantas? ¿No es necesaria la tierra que las cobije y el sol que las caldee? Del mismo modo, la escritura requiere de una mano solvente, un lecho generoso y un lector hospitalario que desee poseerla, sin olvidar, que por encima del infinito cosmos está la ilusión por poseerlo.

Finalizo esgrimiendo dos espléndidas frases de Anne Marie Christín: “*La palabra infinita es el tormento de la escritura*” y “*La escritura no reproduce la palabra, la hace visible*”⁴⁰. Por ello, la escritura se revuelve y encierra a la palabra, que a partir de ese momento existirá en cautiverio, apresada en el soporte por la intención del autor, pero solo el tiempo necesario hasta que el lector la pronuncie. La inflexión, la entonación, la puntuación o las unidades de sonido liberan a la palabra de sus cadenas por el juego de interrogación que ejerce el lector.

Bibliografía

- Allen, James P.: *Egipto jeroglífico. Introducción a la escritura y cultura del Antiguo Egipto*. Madrid, Almuzara, 2024.
- Baines, John: “Literacy and Ancient Egyptian Society”, *Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 18/3 (1983), pp. 572-599.
- Barthes, Roland: *La muerte del autor. El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós, 1987.
- Baxter, William y Sagart, Laurent: *Old Chinese. A New Reconstruction*. Oxford, Oxford University Press, 2014.
- Bottéro, Jean y otros: *Cultura, pensamiento, escritura*. Barcelona, Gedisa, 1995.
- Calasso, Roberto: *La literatura y los dioses*. Barcelona, Anagrama, 2002, p. 11.
- Cardona, Giorgio: *Antropología de la escritura*. Gedisa, 1994.

39 Ortega, Julio: *Cesar Vallejo. La escritura del devenir*. Barcelona, Taurus, 2014.

40 Christín, Anne-Marie: *L'image écrite ou la déraison graphique*. París, Flammarion, 2009, pp. 37 y 108.

- Chafe, W: “Evidentiality in English Conversation and Academic Writing”, en W. Chafe & J. Nichols (eds.), *Evidentiality: The Linguistic Coding of Epistemology*. Norwood, New Jersey, 1986, pp. 261-272.
- Chartier, Roger: *Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII)*. Buenos Aires, Katz, 2008.
- Christín, Anne-Marie: *L’image écrite ou la déraison graphique*. París, Flammarion, Collection Champs Arts, 2009, pp. 37 y 108.
- Corbin, Alain: *Terra incógnita. Una historia de la ignorancia (siglos XVII y XVIII)*. Barcelona, Acantilado, 2024.
- Crocce, Benedetto: *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general*, ed. Pedro Aullón de Haro y Jesús García Gabaldón. Málaga, Ágora, 1997.
- Eshiev, Asilbeck: *La epopeya de Manas y las fuentes históricas*. Madrid, Nuestro Conocimiento, 2021.
- Étiemble, René: *Nouveaux essais de littérature universelle*. París, Gallimard, 1972.
- Gelb, Ignace J.: *Historia de la escritura*. Madrid, Alianza, 1993.
- Guarducci, M: “Tre note relative alla storia dell’alfabeto”, *Studi Etruschi*, 14, (1940), pp. 281-298
- Hay, Louis: « Critiques de la critique génétique », *Genesis*, 6 (1994), pp. 11-23.
- Hjelmslev, Louis: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid, Gredos, 1984.
- Jinjing, Xû: “Origen de los shang entre la mitología y las inscripciones”, *Estudios complutenses de Asia Oriental* 1/1 (2025). <https://doi.org/10.5209/eca0.100155>
- Lefebvre, Gustave: *Grammaire de l’egyptien classique*. El Cairo, Institut Française d’Archéologie Orientale, 1995.
- Lois, Élide: “La Crítica genética: un marco teórico sobre la disciplina, objetivos y método”, *Creneida*, 2 (2014), pp. 57-78.
- López Barja, Pedro: *La epopeya de Gilgamesh*. Madrid, Akal Oriente, 2015.
- Mallarmé, Stéphane: *Les Dieux antiques*. Paris, FB Editions, 2015.
- Moraleja, Alfonso: “Nietzsche: veneno y antídoto. Un breve ensayo sobre el individualismo político”, *Cuaderno Gris*, 5 (2001), pp. 203-209.
- Morris, Charles William: *Fundamentos de la teoría de los signos*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1994.
- Mosterín, Jesús: *Teoría de la escritura*. Barcelona, Icaria, 1993.
- Noah Kramer, Samuel: *La historia empieza en Sumer*. Barcelona, Aymá, 1978.
- Olson, David R.: *El mundo sobre el papel. El impacto de la lectura y la escritura en la estructura del conocimiento*. Barcelona, Gedisa, 1998, p. 206.
- Ortega, Julio: *Cesar Vallejo. La escritura del devenir*. Barcelona, Taurus, 2014.

- Pascual Coello, David: "El origen de la escritura cuneiforme hitita. Nuevas perspectivas", en *Orientalística en tiempos de crisis. Actas del Congreso Nacional del Centro de Estudios del Próximo Oriente*, coord. Alberto Bernabé Pajares y Juan Antonio Álvarez -Pedrosa Núñez. Madrid, Pórtico, 2015, pp. 263-274.
- Petrucchi, Armando: *La descrizione del manoscritto. Storia, problemi, modelli*. Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1985.
- Petrucchi, Armando y Romeo, Carlo: *Scriptores in urbibus. Alfabetismo e cultura scritta nell'Italia altomedievale*. Bologna, Il Mulino, 1992.
- Steinberg, Saul y Buzzi, Aldo: *Reflejos y Sombras*. Valencia, Media Vaca, 2012.
- Steiner, George: *Extraterritorial*. Madrid, Siruela, 2002.
- Tito Livio: *Ad Urbe Condita. Historia de Roma desde la fundación de la ciudad*. Trad. Antonio Fontán. Madrid, CSIC, Universidad Complutense de Madrid, 1997.
- Torres i Graell, Albert: *Kanji, la escritura japonesa*. Madrid, Hiperión, 1998.
- VV.AA.: *Biblia. Génesis y Éxodo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2004.
- VV.AA.: *El legado de Mnemosyne. Las escrituras del yo a través del tiempo*. Castillo Gómez, Antonio (Dir.) Sierra Blas, Verónica (Ed.). Gijón, Trea, 2007.
- Wallis Budge, Ernest A.: *El libro egipcio de los Muertos*. Barcelona, Librería Universitaria, 2022.



Sociedad
Española de
Estudios
Medievales

ISBN 978-84-09-92244-4



9 788409 922444

Facultad
de Geografía
e Historia

Departamento
de Historia
Medieval
y C.C.T.T.
Historiográficas

SOCRIEM



LA SOCIEDAD EN LOS REINOS IBÉRICOS
DURANTE LA EDAD MEDIA